

Discurso Marta Cruz-Coke Madrid

20 de agosto de 2018

Aniversario 205 años Biblioteca Nacional, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Buenos días a todos.

La verdad es que mi vida ha sido una larga deuda de amor por tanto cariño recibido, sabiendo que nunca podrá ser devuelta. Y lo de hoy, que realmente me abruma, no hace sino aumentar infinitamente esa deuda de amor.

No quise escribir un discurso pulimentado y terminado, porque esto ha sido mi hogar por siete años, porque aquí, como dicen los huasitos, me hallo. Y preferí dejar que hablara no mi corazón, sino mis entrañas, porque en este lugar, vuelvo a repetirlo, me hallo.

Empiezo entonces por agradecer, con nombre y apellido a las personas tan próximas que tengo, que son todos ustedes: los ex funcionarios, los funcionarios que no puedo ver, pero que adivino que están aquí y que entonces me acompañaron.

Quiero agradecer especialmente a la señora ministra de Cultura y Patrimonio, porque ella, aunque fue mi alumna, fue también mi profesora. Y entre otras cosas me enseñó esa palabra que llevo en el corazón y en el alma, una frase suya que creo que es emblemática: "la cultura es una educadora del alma", es decir, es nuestra alma la que la cultura está educando. Y al venir aquí, y hacer de este mi hogar por siete años, ensanché mi alma de alguna manera que nunca esperé. La ensanché en el contacto con los funcionarios. Yo no sabía lo que era la administración pública, aquí lo aprendí, todos los días en la dedicación, la devoción y el afán por la excelencia que habita en los funcionarios de este servicio.

Era muy lindo ver cómo cada uno luchaba por la excelencia de su sector, cómo defendían lo que hacían, cómo tomaban una parte fundamental de su vida aquí, regalando cada día, además de su trabajo, ese plus de devoción que es lo que hace realmente el valor de las cosas.

Esto fue para mí una lección diaria que me ensanchó el alma mucho más de lo que nunca esperé: ver el esfuerzo, la devoción (que lo repito), la generosidad y aprendí aquí, con ustedes, el valor del tiempo. Porque aquí, como tan bien lo dijo el señor director de esta biblioteca, lo que él mostró,

de todo lo que ustedes han hecho, lo han podido hacer porque conocen el valor del tiempo. Para que algo dure en el tiempo debe tomar tiempo para hacerse. Los de ustedes que trabajan en documentos, por ejemplo, saben que para que un documento se limpie necesita instrumentos, un experto y tiempo. El tiempo que toma que esa limpieza sea profunda y para eso lenta.

Hay toda una serie de enseñanzas pequeñas y grandes que yo aquí recogí. La mayor de ellas, sin duda, fue en el contacto con tanto esfuerzo anónimo, que fue hecho gratuitamente, más allá de cualquier sueldo, fue hecho porque ustedes amaban el patrimonio. Porque en ustedes vivía el deseo de que la esencia de la Patria, que está aquí, pueda continuar y prolongarse y ser.

Estamos en un tiempo de cambios tan profundos que no alcanzamos a darnos cuenta de cuán profundos son, porque lo que está cambiando no es solamente algunos aspectos superficiales, lo que está muriendo –y tomemos conciencia de ello- es una civilización. Y la que está naciendo es otra. Y nosotros, por estar al medio de este cambio, no alcanzamos a verlo entero, pero sí vislumbramos algunas cosas que nos asombran, como por ejemplo la velocidad de estos cambios. Y por eso la tarea de un lugar como este es muy importante, porque trata de mantener, a través de este terminar de un periodo histórico importante, caracterizado por la velocidad, y aquí sabemos tomarnos el tiempo humano necesario para que lo que hemos hecho pueda permanecer y la identidad de la nación conservarse.

Mucho podría decir de los recuerdos tan lindos que tengo de este hogar en que viví y compartimos, pero sí sé que lo tengo adentro de las entrañas para siempre, porque cuando uno ha trabajado aquí no lo puede olvidar. Y de alguna manera todo en la vida se lo va recordando.

Quiero dar las gracias a la presencia de la señora Pla, ministra de la Mujer, que ha venido a acompañarnos, porque soy mujer, porque estoy con las mujeres (también con los hombres, por supuesto). Así que la presencia de ella es un tremendo aliento.

Quiero dar las gracias al señor director de la Biblioteca Nacional, un viejo compañero de taller y de ruta, que me ha dado mucho gusto encontrar en este cargo, don Pedro Pablo Zegers. Quiero también dar las gracias a los embajadores que nos acompañan, porque ellos representan el interés de algunos países hermanos por lo que aquí estamos haciendo. Gracias por estar aquí.

Finalmente quiero dar las gracias a todos ustedes por todo lo que han hecho, por todo lo que les debo, por los gestos, por las palabras, las sonrisas, los abrazos que juntos hemos compartido y que llevo en mi corazón. Y lo que quiero ahora, antes de despedirme, es desearle a todos y a cada uno de los funcionarios, a los que están, a los ausentes, a mis compañeros de ruta y a los nuevos, lo mejor de lo mejor. Decirles que tengan esperanzas, porque de los naufragios salen siempre cosas buenas y no me cabe duda que el naufragio de esta civilización engendrará otra que, sin duda, será buena también. Porque del hombre siempre hay esperanza y siempre hay posibilidad de nacer de nuevo.

Termino deseándoles a todos lo mejor, con la frase que el poeta me escribió una vez deseándome también a mí lo mejor: Felicidad, queridos amigos, ahora y hasta la hora y después de todas las horas.

Gracias.